



La Capilla sIXtina

EL FUTUROLOGO

Una de mis obsesiones es la futurología. Los futurologos son a las echadoras de cartas lo que los químicos a los alquimistas. Así es que cuando supe la llegada a Madrid de Herman Khan, tal vez el futurologo más famoso del mundo, me dije: has de tratar de acercarte a él y arrancarle una declaración en exclusiva. Lo consulté con Victor Márquez, uno de los dos jefes de Redacción de TRIUNFO.

—A mí eso me suena mal, Sixto. Pero haz lo que quieras, porque luego igual me sueltas una puya en la sección.

Así es que me trasladé a la residencia madrileña de Herman Khan, solicité audiencia. El futurologo estaba lustrándose los zapatos cuando entré en la "suite" del hotel donde se hospedaba.

—Siéntese. En el año dos mil veinte ni rastro.

—Ni rastro, ¿de qué?

—De nada. De usted, de mí, del "roastbeef", de la propiedad privada de los medios de producción.

—Yo no quería saber eso. Venía por otros motivos.

Khan me miraba incrédulo, sin dejar de embadurnar sus zapatos.

—Pues es usted el primero. No me pida profecías fuera de lo corriente, porque sólo he traído un calculador analógico portátil de la cuarta generación y está muy verde todavía.

—Quería saber si el hombre del año dos mil será más libre que el de ahora.

—Plantea usted mal las preguntas. Eso no se lo contesta ni un calculador analógico de la primera generación con muchas horas de prácticas. Ante todo: notifique usted la libertad de la que me habla: de qué, para qué, por qué, y conviértamela en referencias concretas, en datos.

—El hombre del año dos mil, ¿vivirá sin el miedo a la guerra, al futuro, a perder?

—A perder, ¿qué?

—El amor, la salud, el piso,

el pelo, la potencia sexual, la juventud, el escalafón.

—Vamos, lo que usted quiere es un futuro poblado de protozoos inapetentes. El hombre es un ser viviente complicado, y las complicaciones son su caldo de cultivo. En el año dos mil habrá pastillas para todos esos problemas y muy tipificadas. La ansiedad o la angustia no serán tratadas como generalidades psicopatológicas, sino que se sabrá exactamente subdividirlas y encontrar la pastilla para cada caso. Por otra parte, el sentido de la independencia y de la libertad tal como usted la plantea no tendrá razón de ser. Todo funcionará según un sistema mundial regido por superpoderes, y la especialización del poder llegará a unos límites de perfección técnica desarmantes. A usted esto le fastidia, porque le han educado mal en fábricas de humanistas vagos e inútiles. Si usted fuera un humanista del año dos mil, a estas horas estaría estudiando electrónica para perfeccionar el sistema de intercomunicación táctil interhumano o el sistema de alumbrado de los puentes sobre el Atlántico.

—Probablemente no llegaré a ver esas maravillas. Pero, ¿cómo puede usted estar tan seguro de que las cosas serán así y no todo lo contrario?

—No es un secreto. Las cosas del futuro serán como las de ahora, pero multiplicadas por una progresión determinable.

—¿Y los hechos de conciencia? ¿Y el papel de la conciencia humana como factor de cambio, de modificación histórica?

—Pues para eso también habrá pastillas. No se preocupe. Mire, no es que me agrade el futuro, pero, al fin y al cabo, me limito a predecirlo. No lo viviré.

Khan me ha mirado con una cierta sabiduría interhumana. Ha rebuscado en su maletín de viaje y ha sacado un tubo de aspirinas y una pistola.

—Escoja.

SIXTO CAMARA